

LIBROS

La juventud de Scott Fitzgerald

Después de un período de esplendor, la cotización de la novela moderna norteamericana parece haber caído en las últimas décadas. En Europa, los trabajos de escritores como Malraux, Sartre o Gide en Francia y Pavese y Vittorini en Italia, tuvieron la virtud de convencer a un público escasamente entusiasta de las verdaderas virtudes literarias de una novelística que durante un tiempo se consideró algo así como el producto del talento de unos cuantos "buenos salvajes" que escribían sobre su entonces lejano país, preferentemente desde las mesas de los cafés del parisense Barrio Latino. Así, casi de golpe, se impusieron los grandes nombres: Dos Pasos, Hemingway, Faulkner, Scott Fitzgerald, y, en menor medida, Thomas Wolfe, H. Miller, Anderson, Steinbeck, Farrell, Lewis, etcétera. Y en un espacio aparte, los grandes inclassificables como Chandler o Hammett.

La criba de los años y el descrédito más o menos genuino del realismo —tan insobornable en la gran novela norteamericana— ha ido congelando en un dorado Olimpo aquellos grandes nombres. Después de la tempestad vino la calma. La novela norteamericana ha perdido prestigio, como lo ha perdido en general toda literatura "engagée". Esto es todo lo discutible que se quiera, pero es un hecho que, además, es un signo del tiempo.

Sin duda, de todos los grandes escritores de la "Lost Generation", Scott Fitzgerald ha sido —con Faulkner— el que menos ha caído en el favor de cierto público que marca las pautas del consumo. Pese a su atroz suerte con el cine —recordemos, por no remontarnos mucho en el tiempo, las dos últimas versiones, bien recientes, de dos de sus novelas, "The Great Gatsby" y "The Last Tycoon"—, motivos bastante ajenos a lo literario, como por ejemplo la moda de lo "retro", han contribuido a difundir su nombre entre los más jóvenes. Pero es una fama equívoca. Scott Fitzgerald aparece en relatos periódicos y en películas como un brillante y dotado autor de libros

convertidos en "best-seller", al cual la vida un día cualquiera se le torció definitivamente.

Algo hay de verdad en esta imagen que tanto contribuyeron a crear otros escritores amigos, empezando por Hemingway. Pero también algo más: Scott Fitzgerald fue uno de los valores literarios más sólidamente indiscutibles de nuestro siglo. Más allá de las modas, su obra excepcional permanece viva, al menos en dos o tres de sus títulos más significativos. En nuestro país, Fitzgerald ha sido el menos conocido y apreciado de todos los grandes novelistas norteamericanos del siglo. Por eso siempre es bienvenida la publicación de cualquier libro suyo. Como este de "Los relatos de Basil y Josephine" (Alianza Tres, Madrid, 1977).

Scott Fitzgerald fue un escritor al que las necesidades económicas —en su vida hubo siempre un punto de esnobismo que le obligó a vivir por encima de sus posibilidades reales— obligaron a escribir mucho, demasiado. "Los relatos de Basil y Josephine" están escritos fundamentalmente para comer. Sin embargo, con algunas excepciones, su calidad



Scott Fitzgerald.

es muy alta. Fitzgerald tenía una conciencia artística sumamente escrupulosa, que le impidió prostituir en aras del comercio su enorme talento. Pero no se perdonó a sí mismo escribir por dinero, no por una urgencia vital de expresión. Por eso, "Los relatos de Basil y Josephine" permanecieron inéditos en forma de

volumen hasta hace poco. Leyéndolos se puede medir mejor el grado de exigencia hacia sí mismo de Fitzgerald. Todos los grandes temas del escritor —la nostalgia desgarradora de la juventud perdida, el deseo del triunfo social y su posterior sabor a ceniza, el "sueño norteamericano", la fuga irreparable del tiempo, etcétera— aparecen en los relatos que componen el libro. A través de retazos de las vidas de dos adolescentes, Fitzgerald nos traza un cuadro general de la vida norteamericana antes y después de la primera guerra mundial. Todo el romanticismo del autor se vuelca en esa visión luminosa del mundo y del alma de una juventud que era la suya propia. Con altibajos —algunos debidos quizá a una traducción muy correcta, pero excesivamente rígida—, "Los relatos de Basil y Josephine" son una muestra del mejor Fitzgerald cuentista. ■ JAVIER ALFAYA.

Asimov investiga

Un escritor mejicano, no recuerdo bien cuál, decía con evidente sorna amigable que "cada mañana le llevaban a la habitación el desayuno y el último libro de Max Aub". Esta alusión al carácter prolífico de nuestro gran escritor podría servir también de enunciado a la obra y trabajo del americano de adopción y características literarias bien distintas, Isaac Asimov. Ciento sesenta y tres libros escritos hasta "Asesinato en la Convención", publicado ahora en España (1), son el balance explícito.

La obra de Asimov se ha centrado fundamentalmente, como es bien sabido, en el campo de la ciencia-ficción. En él se conjugan el científico, conocedor de astronomía, geografía, biología, etc., y el humanista. Sus libros están, en general, muy lejos de la fabulación lírica y sentimentaloides de Bradbury y no tanto de las inquietantes y fundamentadas narraciones de Clarke, por ejemplo. Pero quizá lo típico de Asimov reside en una verosimilitud de segundo plano que existe siempre en sus historias, producto de que, además del elemento paradójico de anticipación, los personajes son de carne y hueso, no estereotipos. Muestran siempre formas de comportamiento; algunas indefinidas e intemporales, otras transparentan directa-

mente relaciones y contradicciones individuales de la sociedad americana.

El conjunto de narraciones que forman "El ciclo de Trantor" o de "Las fundaciones", constituye una de las cumbres del género y es, al mismo tiempo, un inquietante túnel-espejo del desarrollo histórico de la Humanidad. Esta trilogía, que según creo, es la obra de ciencia-ficción que más ediciones ha tenido, muestra también otra de las constantes de Asimov como escritor de interés y audiencia multitudinaria, un equilibrio y dimensión difíciles de obtener.

"Asesinato en la Convención" es, no obstante, algo inhabitual en su producción. Se trata de una novela que podríamos llamar "policiaca", en la que el misterio y el crimen son casi inaprensibles. Existen, se producen, pero apenas se declaran. Lo que tiene auténtica importancia es el mundo que descubren, en este caso el medio profesional del propio Asimov: escritores, editores, libreros y otros integrantes de la fauna industrial del libro en su versión capitalista sin rebozos.

La novela fue escrita por encargo a su autor de la editorial neoyorquina Doubleday sobre la LXXV Convención de la Asociación de Libreros Americanos. Asimov entrega la narración en primera persona a un imaginario colega, Darius Just, lo que le permite aparecer, vagar e intervenir como personaje, introducir sus contrapuntos cómicos, jugar diversos planos realidad-ficción, incorporar el propio proceso y génesis de "Asesinato en la Convención" e incluso recoger sabores diatribas contra la mística y en favor de la razón, tomando como sujeto de su admonición al señor Uri Geller.

Pero Asimov, que casi siempre, más en este caso, es un espléndido escritor realista (como es natural y habitual no utilizo este calificativo en la acepción estrecha y sectaria que le otorgan los permanentes cruzados antirrealistas, sino en su significado amplio y profundo, como desvelador de aspectos de la realidad), hurga y descubre el mercado de la literatura, los condicionantes de la creación, la lucha de intereses, la utilización mercantil de subproductos, etcétera. Mayor agudeza existe en la valoración de algunos personajes. Con Darius Just, una especie de clínico que conserva ciertos posos éticos capaces de impulsarle a buscar la verdad, nos

(1) "Asesinato en la Convención". Isaac Asimov. Edit. Brujuna. Barcelona, 1977.